

drian ofrecerle: que esta consistia en que se acordasen de él en sus oraciones, y le conservasen en la amistad con que habian tenido á bien honrarle. El presidente no pudiendo vencer su obstinacion en rehusar el regalo que se le hacia, le suplicó, que á lo menos indicase qué era lo que queria que se hiciese de aquel presente que se le habia destinado. Francisco respondió, que el disponer de él, seria lo mismo que aceptarlo; y que dejaba á su caridad el darle el destino que tuviese por conveniente. Esto era decirle, en buenos términos, que lo emplease en hacer limosnas. Cumplióse su intencion, y el precio de aquel magnífico aparador se repartió entre los pobres.

El desprecio de las riquezas ha sido siempre señal de una grande alma; pero es cierto que tambien es la prueba menos sospechosa de la mas acrisolada virtud. Como las riquezas son el medio infalible de poseer todos los demas bienes, no se sabrian despreciar, sin ser al propio tiempo superior á todo lo que puede halagar los sentidos. Asi es, que la negativa del santo Prelado en aceptar el presente que la ciudad de Dijon queria hacerle, fué tanto mas apreciada, quanto que los mismos, que habian sido testigos de ella, no se conceptuaban capaces de imitarle.

A su vuelta á Annecy, dió una prueba mucho mas convincente del desprecio en que tenia las riquezas y dignidades que podian hacerle brillar á los ojos de los hombres.

La reputacion que se habia adquirido en Dijon, habia llegado hasta la Corte de Francia, y habia despertado en el corazon de Enrique IV la estimacion y amistad que le habia profesado en otro tiempo. Habló S. M. á Deshayes, aquel íntimo amigo de Francisco, de quien se ha hecho ya mencion, y le encargó que le escribiese de su parte, diciéndole, que si queria ir á Paris, le haria conocer que no se habia olvidado de él, y que te-

nia intencion de darle una Abadía considerable, no dudando de que haria de su renta un uso mucho mejor que el que podria hacer cualquier otro á quien pudiese dársela. Deshayes cumplió su comision con el mayor gusto y alegría; pero Francisco le respondió, que le suplicaba que diese á S. M. las gracias correspondientes á las bondades con que tenia á bien honrarle: que temia tanto las riquezas, como otros podian desearlas: que quanto menos tuviese, de menos tendria que dar cuenta: que le bastaba la poca renta que tenia, y que el tener otra mayor, no le serviria sino de embarazo.

Esta negativa en nada disminuyó el deseo que tenia aquel gran Príncipe de favorecerle: hizo que le volviese á escribir el mismo Deshayes, diciéndole, que si rehusaba una Abadía, que no rehusaria tal vez el Capelo, que tenia intencion de pedir para él. Pero esta dignidad, que colma los deseos de los eclesiásticos mas ambiciosos no fué capaz de tentarle: dió por respuesta á Deshayes, que S. M. queria dispensarle un honor de que era indigno: que se le habia elevado, á su pesar, al episcopado: que Dios era testigo de la violencia que se le habia hecho: que una dignidad mas grande le abrumaria: que conocia sus fuerzas y su poca virtud: que el amor propio y la vanidad natural, de quien nadie está exento, no tenían necesidad de que se les halagase: que ya eran por sí demasiado fuertes, y que no era de parecer de poner él mismo obstáculo á su salvacion. Añadia, con aquella franqueza que tenia con sus amigos, que llevaria de muy buena gana el vestido encarnado, si aquel color podia proceder de su sangre vertida en defensa de la fé y por la salvacion del prójimo; pero que en quanto al Capelo de Cardenal, aun quando no estuviese de él sino á distancia de tres pasos, no los andaria para ir á cogerlo: que no despreciaba la dignidad que se le ofrecia, sino sus grandezas que en ningun modo le convenian: que cada uno debe conocerse

á sí mismo; y que en cuanto á él, estaba persuadido de que Dios no le habia hecho para las grandezas.

Habiendo sido comunicada la respuesta de Francisco al grande Enrique, se admiró de ella, y no pudo menos de decir: *que hasta entonces se habia creído superior á todos los hombres á quienes podia hacer algun beneficio, pero que el Obispo de Ginebra por medio de aquella dichosa independencía en que le habia puesto su virtud, era tan superior á él, quanto la dignidad Real le elevaba sobre todos los demas.*

Francisco predicó la cuaresma siguiente en la Roche, pequeña villa de su Diócesis. Aquel grande hombre, que se habia hecho admirar en la Corte de Francia, en Paris y en Dijon, tenia una gran satisfaccion en predicar á almas simples, pero dóciles; y decia hablando sobre esto, cuando no veia en su auditorio sino paisanos, artesanos ó pobres aldeanos, que tales eran las gentes á quienes habia predicado el mismo Jesucristo: que no se le habia visto muchas veces anunciar su palabra á los Grandes del mundo: que no habia comparado sino una vez en la Corte, y que esta habia sido despreciado: que ademas de esto no sabia como admirarse de que hubiese quien se afanase por los auditorios lucidos; y sobre todo que tanto habia costado al Salvador el alma de un paisano como la de un Príncipe.

Sin embargo, aunque fuese un grandísimo trabajo el predicar todos los dias en tiempo de ayuno, que cumplia rigurosísimamente, y al que añadía otras muchas mortificaciones, con todo su celo no se contentaba con esto solo. En lugar del descanso que hubiera podido tomar despues de haber predicado, reunía á los curas y demas eclesiásticos de las cercanías; les hacía conferencias sobre casos de conciencia, y les adiestraba él mismo en las ceremonias de la Iglesia. Este trabajo era seguido de otro; componía los pleitos, arreglaba las diferencias, y visitaba los pobres y enfermos. Y si se añade á esto el

tiempo que gastaba en la oración, de la que jamas se dispensaba, y el que estaba obligado á emplear en el estudio, será fácil conocer, que no le podia quedar mucho para el descanso.

Durante su permanencia en la Roche, dió un ejemplo de caridad, que tal vez no parecerá considerable á muchas gentes, pero que no dejó de tener un gran mérito delante de Dios. Entre los pobres que iban todos los dias á su puerta á recibir limosna, se hallaba uno sordo y mudo de nacimiento: era este un hombre de una vida muy inocente, y no siendo por otra parte muy mal portado, se le empleaba algunas veces en los servicios mas mecánicos y bajos de la casa. Como se sabia que el santo Prelado amaba á los pobres, se lo presentaban alguna vez mientras comía, para proporcionarle el gusto de verle esplicarse por señas, y de ver que entendía todas las que se le hacían. Francisco compadecido de su miseria, mandó, que se le admitiese en el número de sus criados, y que se tuviese un gran cuidado de él. Se le hizo presente sobre esto, que no tenia necesidad de aquella sobre-carga, y que por otra parte aquel hombre le seria bastante inútil: *¿Cómo inútil!* respondió el santo Prelado. *¿Se tiene por nada el practicar la caridad? Quanto más le ha afligido Dios, mas compasion debe tenerse de él. ¿Si estuvieramos nosotros en su caso, querriamos que se fuese tan económico con respecto á nosotros?* Fué pues recibido en el número de los criados del santo Prelado, y lo conservó hasta la muerte.

Pero aun hizo algo mas en favor de aquel infeliz; emprendió el instruirle él mismo por señas en los misterios de la fé; y lo logró á costa de un indecible trabajo. Enseñóle á confesarse por señas, y quiso ser él mismo su confesor: le admitió en seguida á la comunión, á la que jamas se acercaba sino con un respeto y devoción que edificaban á todo el mundo. No sobrevivió

mucho al santo Prelado, y murió del sentimiento de haber perdido un amo tan bueno.

Habiéndose concluido la cuaresma se volvió Francisco á Annecy, para el Sínodo que celebraba puntualmente todos los años. Como no era de opinion de hacer muchos reglamentos, sinó que creia que era mucho mas útil el hacer observar exactamente los que habian hecho tanto sus predecesores, como él mismo, no se vé que hiciese en aquel Sínodo Estatuto alguno que sea digno de notarse. Nos contentaremos pues con decir, que él practicaba exactamente lo que mandaba á los otros. Así es, que habiendo mandado en el Sínodo precedente, que los titulares tuviesen cuidado de proveer sus Iglesias de cálices y copones de plata, de libros y de todos los ornamentos necesarios para celebrar con decencia los divinos oficios, habiendo sabido que faltaban algunas cosas en las Iglesias que estaba obligado á mantener, mandó, que se pusiese en ellas inmediatamente todo lo que faltase, con preferencia á cualquier otro gasto.

Recibió por aquel mismo tiempo cartas de Roma en las que le anunciaban la muerte del Papa Clemente VIII, y la eleccion del Cardenal de Medicis, que habia tomado el nombre de Leon XI, haciéndole saber tambien la determinacion en que estaba el nuevo Papa de hacerle Cardenal á la primera promocion. Se afligió con esta última noticia, en proporcion á la aversion que tenia á las grandezas y dignidades: pidió á Dios que estorbase el que se llevase á efecto aquel designio, y que no permitiese una elevacion, que tal vez le hiciese menos humilde y menos agradable á sus ojos. Su oracion fué atendida, pero de un modo muy distinto al que él hubiera deseado.

Leon XI era el mismo Cardenal de Medicis, que despues de haber ajustado la paz de Vervins, habia pasado por Tonon, cuando Francisco hacia la famosa mi-

sion de que ya se ha hablado: el Cardenal volvió á verlo despues en Roma, y conoció aun mejor que en Tonon todo el mérito y virtud de Francisco. Era el mismo Cardenal uno de los mas distinguidos del Sacro Colegio, por su nacimiento, por su gran talento, y por una piedad de las mas sólidas. Sus virtudes le habian elevado á la silla Pontificia, y se esperaba de él todo lo que hubiera podido esperarse de un Papa de la santidad mas eminente: sus intenciones eran las mejores del mundo; dirijianse todas al bien de la cristiandad y á la reforma de la Iglesia. Para ponerlas en ejecucion, tenia el designio de llamar á su lado á todas cuantas personas conocia de eminente ciencia y santidad. Como Francisco era de este número, habia puesto los ojos en él para hacerle Cardenal, bajo el concepto de que aquella dignidad le daria margen á unirse sin escrúpulo á su persona, y á ayudarle con sus luces y consejos.

Pero Dios, cuyos juicios son impenetrables, que concede á menudo una larga vida á los impíos, al mismo tiempo que permite que los mas hombres de bien sean arrebatados por una muerte precipitada; Dios digo, cuyos juicios aunque poco conformes á nuestras débiles ideas, son siempre adorables, no permitió que aquel gran Papa ejecutase sus buenas intenciones; murió veinte y siete dias despues de su eleccion, y dejó desocupada la santa Sede al Cardenal de Borghese, que subió á ella, y tomó el nombre de Paulo V. Era tambien amigo de Francisco, y conocia su mérito y virtudes; pero tenia otras miras que su predecesor: honró siempre al santo Prelado con su aprecio y estimacion; pero esto fué todo lo que hizo por él.

Con la muerte de Leon XI, salió Francisco del cuidado y temor que tenia de que lo hiciese Cardenal. Este modo de hablar parecerá extraño á los ambiciosos, á aquellos hijos del siglo, que no conocen otras dichas que lleguen mas allá de la vida presente, ó que no las

conocen sino para descuidarlas, y dar la preferencia á las de la tierra. El justo que vive de la fé, tiene otros sentimientos: teme lo que el mundo desea, y huye de lo que el mundo busca; *y ocupado enteramente de la grandeza y eternidad de Dios, como se esplicaba el santo Prelado, no comprende como pueda uno unirse á lo que ofrece el mundo vano y perecedero.*

Eran tan conocidas estas disposiciones de Francisco, que habiendo sabido el Duque de Saboya, que habia renunciado la dignidad de Cardenal, no pudo menos de decir, *que el Señor de Ginebra habia olvidado al mundo, y que no se acordaba de su Corte sino cuando decia misa, para pedir á Dios que la santificase.*

Recibió aun por este tiempo unos despachos abiertos del Senado de Chambery, en los que se le suplicaba que hiciese por su patria lo mismo que habia hecho por la Francia, y que honrase su ciudad con sus sermones, asi como habia honrado poco tiempo hacia á la ciudad de Dijon. Francisco respondió con su acostumbrada finura, concediendo lo que se le pedia. Pero, en tanto que se preparaba para aquel nuevo trabajo, fué á visitarle Vespasiano Ajazza, Abad de Abundancia. Era este un sugeto de una piedad ejemplar, de una prudencia y dulzura consumadas, amigo de mucho tiempo del santo Prelado, y que nada emprendia de consecuencia sin consultarle antes. Veia con dolor hacia algunos años la poca observancia de sus religiosos. No cometian estos grandes desórdenes, pero seguian una vida muy agena de la santidad de la regla de San Agustin, de la que hacian profesion. Sin embargo, como todos eran muy ancianos, no habia tenido el Abad por conveniente obligarles á observancias que no habian aun practicado: aquella condescendencia que no tenia otro principio que la repugnancia que tenia en causar molestia á sus religiosos, no dejó de hacerle entrar en escrúpulos; y fué á consultar al santo Prelado, sobre lo que tendria que

hacer para restablecer el buen orden en su Abadía.

Francisco, que era la misma dulzura, alabó la moderacion del Abad; y como era su máxima, que en caso de faltar, *valia mas que fuese por demasiada dulzura; que no por demasiada severidad,* le aconsejó que no mortificase á sus religiosos: añadió, que no obstante era de parecer de que restableciese el buen orden en su Abadía á lo menos para lo sucesivo: que para esto era preciso señalar pensiones á aquellos religiosos ancianos, y obligarles á que cediesen el monasterio á los reformados que se harian venir de otras partes, que no juzgaba que hubiese otros mas á propósito para esto que los Fuldenses, aunque eran de distinta Orden: que si aquel proyecto le acomodaba, él escribiria al Papa para obtener las Bulas necesarias para ponerlo en ejecucion. El Abad aprobó aquel espediente; Francisco escribió al Papa; se le enviaron las Bulas que habia pedido: establecieron los Fuldenses en la Abadía de Abundancia, y aun viven en ella en el dia de hoy con mucha edificacion de todos.

En tanto que pasaban todas estas cosas, Francisco estaba siempre ocupado del designio de hacer la visita general de su Diócesis. Sabia que esta era una de las principales obligaciones de los Obispos; y tenia siempre á la vista aquel consejo del Apostol: *velad sobre vos mismo y sobre todo el rebaño sobre el cual os ha establecido el Espíritu Santo.*

Habiendo pues juntado todas las memorias que habia hecho arreglar, ó que él mismo habia arreglado, partió el quince de octubre para empezar aquella grande obra; pues no podia concluir hasta que hubiese vuelto de Chambery.

La Diócesis de Ginebra es de mucha estension, y muy poblada, llena de un gran número de ciudades pequeñas, de villas y de pueblos: una parte de ella está cubierta de montañas, de una altura prodigiosa, y de

muy difícil entrada. Lo que hay en ellas mas particular, es, que la temperatura del aire es tan diferente, que se hallan parages que estan siempre cubiertos de nieves y de yelos; y los otros por el contrario se abrasan con los rayos del sol, y hace en ellos un calor excesivo. Una parte de aquella Diócesis se estiende hácia el pais de los suizos, que són la mayor parte luteranos ó calvinistas: otra hácia la parte de la Saboya; y la otra en fin, está al lado de allá del Rodano, dentro de los Estados del Rey Cristianísimo.

Esta parte fué la primera que visitó el santo Prelado; empleaba un dia entero á lo menos en la visita de cada parroquia. Decia en ella la misa, predicaba, confirmaba, enseñaba por sí mismo la doctrina á los niños, á fin de enseñar á los curas con su ejemplo, cuan importante es aquella funcion, de la que la mayor parte no hacen tanto mérito como debieran; y confesaba á todos los que querian confesarse con él.

Tantas ocupaciones no le impedian el informarse con cuidado de los desórdenes de las familias. Trabajaba en seguida en restablecer la paz en los matrimonios que estaban en continuas disensiones, la armonía entre padres é hijos, entre amos y criados, y en reconciliar á aquellos, cuyos odios inveterados escandalizaban al público. Su estremada dulzura le abria todos los corazones. Nada escapaba á su caridad: disfrutaban de ella los pobres, los enfermos, y los presos. Consolaba á los unos con las limosnas, á los otros con sus cuidados, y á los otros en fin con su crédito.

Pero se dedicaba sobre todo, á conocer y arreglar bien á los párrocos de las Iglesias que visitaba; y para esto era para lo que especialmente le servian las memorias que habia compuesto, y á las que consultaba siempre antes de entrar en los lugares que iba á visitar. Trataba con distincion á aquellos de entre los curas, que eran de una vida irrepreensible, y que cumplian santa-

mente con su ministerio. Animaba á los buenos, fortificaba á los débiles; y á pesar de su estremada dulzura amenazaba con tratar rigurosamente á los que diesen escándalos, y á aquellos de quienes se le habian dado quejas justas. Arreglaba en seguida nuevas memorias sobre lo que habia podido conocer por sí mismo, y las consultaba en ocasiones, á fin de no ser sorprendido.

Hacia todas sus visitas á pie, no hacia llevar bagaje alguno, ni cosa que pudiese suplir á la falta de todas las cosas en que se encontraba muy á menudo en los lugares infelices: la mas pobre choza era la que escogía siempre para su alojamiento; y despues de tantas fatigas, se veia reducido muchas veces á dormir sobre la paja. Aquellas incomodidades no le eran sensibles, sino en cuanto incomodaban á los que le acompañaban; este era todo su sentimiento; porque en cuanto á él, cuando se le compadecia por los malos alojamientos que encontraba á menudo, ó por las incomodidades que se veia obligado á padecer, respondia con una santa alegría, que aun no habia encontrado un alojamiento que fuese tan incómodo como el Portal de Belen, ni tan áspero como el de la Cruz; que sin embargo el Salvador se habia dignado de nacer en el uno, y de morir sobre el otro. Añadia, que aquellas pobres gentes, en cuyas casas se hospedaba, no estaban alojados, ni acostados mas cómodamente que él: que el mejor medio de hacerlos llevar con paciencia su pobreza, era el partirla con ellos, y enseñarles con el ejemplo, mas convincente siempre que las palabras; y que no era la pobreza tan digna de temerse como se la figuraban. Asi era como se animaba el santo Prelado á sufrir las incomodidades de la vida con el ejemplo del Salvador, y con el de aquel gran número de gentes pobres á quienes la Providencia ha destinado á llevar una vida pobre y laboriosa: *Ellos son hombres, añadia, lo mismo que nosotros; son cristianos, llamados como nosotros á la gracia y á la glo-*

ria; pueden llamar á Dios su padre, lo mismo que nosotros: en una palabra, ellos son nuestros hermanos, y tal vez son mejores y mas santos que nosotros, mas agradables á Dios y destinados á una gloria mayor. ¿Por qué pues establecer tanta diferencia entre ellos y nosotros, que creemos humillarnos, y ser muy dignos de compasion, cuando estamos por algunos dias como ellos están toda su vida?

El amor á los pobres fué siempre una de las virtudes mas queridas del santo Prelado; pero no tan solamente hacia consistir este amor en ayudarlos con limosnas, sino tambien en frecuentar su trato y vivir como ellos. La fé, de que estaba animado, le hacia ver á Jesucristo oculto bajo la persona de los pobres; y decia á menudo que de ellos era de quien el Señor habia dicho: *lo que por ellos haceis, lo haceis por mí mismo.*

Acercándose ya la cuaresma, se vió precisado á interrumpir su visita para ir á Chambery. Empezó por retirarse á hacer unos ejercicios en los padres Jesuitas, que poseian á la par su estimacion y confianza. Decia sobre este particular, que para predicar con fruto, era preciso, á ejemplo de San Juan y aun del mismo Jesucristo, entrar en la soledad, y por decirlo así, en el desierto antes de subir al púlpito. Allí era en dondè hebía aquel fuego y aquellas luces que introducian la fé en el corazón de los hereges, y que producian el odio al pecado en el de los pecadores. Nada decia de que no estuviese él mismo bien persuadido, y que no pudiese en práctica por sí mismo. *Los hombres, decia él, nos miran al mismo tiempo que nos oyen; es preciso predicar á los ojos tan bien como á los oidos; lo uno se hace con la palabra, y lo otro con el ejemplo, que es aun mas poderoso. ¿Quién me creeria, añadía, cuando yo predicase la penitencia, sino la hacia yo mismo?*

Hizo lo mismo en Chambery que habia hecho en Dijon: el mismo fruto en sus sermones, y el mismo celo

en su conducta. Pero no se le trató ni con mucho con la misma finura, con que se le habia tratado en Francia.

Durante la cuaresma, se presentó al Senado de Chambery un negocio criminal. Ambas partes eran muy poderosas; pero el hecho, que habia sucedido dentro de la Diócesis de Ginebra, no pareció suficientemente aclarado. Sobre esto mandó el Senado que se publicasen Monitorios en Annecy. Habiendo sabido Francisco esta providencia, mandó, que se le diese cuenta de aquel negocio: y le examinó con detencion. El hecho le pareció suficientemente probado; y no halló que el negocio fuese de tanta importancia que se hubiese de recurrir á la excomunion para aclararlo mas, aun cuando hubiese necesidad de adquirir nuevas luces sobre el asunto, y creyó ver mucha pasion entre los dos partidos. En general, no aprobaba el que se emplease la autoridad de la Iglesia para semejantes descubrimientos; y que se turbasen las conciencias por negocios que no valian la pena; y creia en particular, que el de que se trataba, era de esta naturaleza. En esta inteligencia, negó el Monitorio, y prohibió á su oficial eclesiástico el que lo concediese.

El Senado se dió por ofendido de su negativa, y le hizo decir, que sino concedia el Monitorio, se le ocuparían sus temporalidades. Francisco, que tenia tanta firmeza de carácter como dulzura, cuando se trataba de cumplir con su deber, respondió, que era no conocerle el hacerle semejantes amenazas: que siempre tendria un gran respeto al Senado; pero que, aun cuando se tratase de perder la vida, nada haria que fuese contra su conciencia. Esta respuesta puso en tanta mayor confusion al Senado, quanto que estaba persuadido de que la pérdida de los bienes no era capaz de inmutar á un Prelado tan exacto en cumplir con su obligacion; y por otra parte se avergonzaba de tratar tan mal á un tan grande Obispo, que pasaba por un santo, y que si habia ido á Chambery habia sido por condescender á sus ruegos. Tenia

tambien muchos amigos en aquella Corporacion que no eran de parecer que la cosa se llevase adelante. El partido contrario venció al fin, y fueron ocupadas las temporalidades. Un Senador se lo notificó de un modo tan injurioso, que no pudo menos de decir: *que se faltaba al respeto debido á su caracter.*

Sucedió lo que el Senado habia previsto. Francisco nada cedió de su firmeza, y continuó en negar el Monitorio que se le exijia. Se creia, que daria sus quejas al Duque de Saboya de aquel vergonzoso embargo; y no se dudaba de que el Príncipe lo mandaria levantar inmediatamente. Pero el santo respondió, *que no queria hacer semejante afrenta al Senado: que jamas habia recurrido al Príncipe por sus intereses particulares, y que no empezaria entonces á hacerlo.*

Sin embargo, el agravio hecho al santo Prelado hacia que se murmurase tanto mas en la ciudad, quanto mayor moderacion se descubria en él. Se decia altamente, que aquello era pagar muy mal los servicios que estaba haciendo: que el Senado debia tenerle tanta mas consideracion, quanto que todo el mundo sabia, que solo por respetos al Senado habia ido á aquella ciudad: que el Príncipe desaprobaba infaliblemente el procedimiento hecho contra él, y que un Obispo seria bien digno de compasion, si estuviese obligado á obedecer ciegamente las ordenes del Senado, y mucho mas siendo estas contra su propia conciencia.

Estas quejas, que iban todos los dias en aumento, obligaron al fin al Senado á proponerle, que se le concederia el levantamiento del embargo de sus bienes, si queria pedirlo. Pero el santo Prelado que creyó deber sostener en esta ocasion el honor de su caracter, respondió, que el Senado era muy justo para no reparar, sin que él se mezclase en ello, el agravio que se le habia hecho sin su participacion. Vióse pues reducido el Senado á levantar el embargo, sin que él lo hubiese pedido.

Francisco dió en aquella ocasion un gran ejemplo de virtud. Habia sido cruelmente insultado por el Senador, que habia ido á notificarle el embargo de sus temporalidades. Habiendo llegado á vacar una canongía de su catedral, se la dió á un sobrino de aquel Senador que sabia que era sugeto de mérito y de piedad. Este fué el modo con que se vengó del arrebato de aquel Magistrado, que despues no pudo dejar de alabar la eminente virtud del santo Prelado.

Nada ofende mas que las injurias que vienen de personas á quienes se cree haber obligado; y si se añade el desprecio á la injuria, esto es lo que mas hiere el corazon, y lo que menos se perdona. Estas son cabalmente las circunstancias en que se encontraba entonces el santo Prelado. Precisamente á instancias del Senado habia ido á predicar la cuaresma á Chambery: todos los particulares de la Corporacion no podian menos de estarle muy reconocidos. No obstante, uno de ellos fué el que le habló con tal desprecio, que aunque fuese el mas humilde y sufrido de todos los hombres, no pudo menos de quejarse. Sin embargo, cuando se le presentó la ocasion, no se vengó de aquella injuria, sino con beneficios. Cierta es, que el no vengarse, es una cosa muy grande; pero el hacer bien á sus enemigos, es efecto de la mayor generosidad.

Mientras que el santo daba en Chambery los mas grandes ejemplos de virtud, se recibieron noticias de que habian reñido el Duque de Saboya y el de Nemours. Este último pretendia ser Soberano absoluto del Condado del Ginebres; y el Duque por el contrario queria absolutamente, que dependiese siempre de él. Tratóse en vano por una y otra parte de todo lo que podia hacer terminar aquel negocio por medio de una compostura; y al fin fué preciso venir á parar en una guerra abierta. El Duque de Nemours se puso el primero en campaña: no podia haber elegido tiempo mas á propó-

sito para hacerlo; el de Saboya estaba ocupado en otra guerra en el Piamonte; y no podia desmembrar sus fuerzas sin debilitar en demasía su ejército, y sin esponer su país á una invasion casi segura. El Duque de Nemours se aprovechó de esta ocasion, que le era tan favorable: juntó sus tropas con presteza, y apareció sobre las orillas del Rodano en estado de darse él mismo la satisfaccion de la injusticia que pretendia que se le habia hecho por el Duque de Saboya. No se dudaba de que empezaria las hostilidades por sitiár á Annécý, en donde habia resuelto hacer su plaza de armas. Esto fué lo que obligó á Francisco á partir inmediatamente despues de Pascuas, para consolar á sus diocesanos que estaban sumamente alarmados con las intenciones del Duque de Nemours. Su presencia aumentó su consternacion. Como era extraordinariamente querido de todos, no podian sufrir con serenidad, que se encerrase en una ciudad, que iba á ser sitiada, y que estando mal fortificada, y el socorro difícil y lejano, no podia menos de ser tomada, ó tal vez ganada por asalto.

Se le hizo presente sobre esto, que las tropas del Duque de Nemours se componian de hereges en la mayoría: que ya conocia el odio que le profesaban: que si la ciudad era tomada, lo que era moralmente imposible que dejase de suceder, él seria la primera víctima inmolada á su furor y á su venganza: que el Duque, que conocia su adhesion y la de toda su familia al servicio del de Saboya, se daria tal vez por contento, de verse libre de un Prelado á quien miraba como enemigo suyo: que mientras permaneciese en medio de ellos, no le serviria sino para redoblar sus temores y alarmas: que entonces que aun estaba libre la salida de la ciudad, le suplicaban que se pudiese en salvo: que Dios queria castigarles por el poco provecho que habian sacado de sus buenos ejemplos y santas instrucciones: que ellos solos eran los culpados, y que no era justo que

un inocente como él era, fuese envuelto en el castigo que Dios queria darles por sus pecados.

Francisco, despues de haberles dado las gracias por el buen afecto que le mostraban, respondió con una firmeza, que nunca se admirará suficientemente, que el consejo que se le daba, parecia al que podria dársele á un pastor, de que huyese al ver venir á los lobos dispuestos á despedazar su ganado: que él no ignoraba que las tropas del Duque de Nemours se componian casi todas de hereges: que los ginebrinos, que no le querian bien, eran una parte considerable de ellas: que por esta misma razon era por la que estaba resuelto á correr con ellos á los riesgos de la guerra, á fin de impedir, si era tomada la ciudad, la seduccion de su pueblo, la profanacion de las cosas santas, y las demas violencias que son las consecuencias ordinarias en las ciudades tomadas á la fuerza: que sabia hasta donde podia llegar la rabia de los hereges contra él; pero que nada habia deseado jamas con mas ardor, que verter su sangre por la fé: que esperaba sin embargo que Dios no permitiria que sucediesen tantas desgracias, si se volvian á él con todo su corazon: que con este objeto se quedaria entre ellos para animarlos: que sobre todo, su vida no era mas preciosa que las de tantas gentes honradas, que estaban espuestas á los mismos peligros; y que si tenia que perderla, no podia morir mas gloriosamente que asistiendo al pueblo que Dios le habia confiado.

Entretanto el Duque de Nemours, á quien el paso del Rodano habia detenido mas tiempo del que convenia al logro de sus intentos, se presentó delante de Annécý. La ciudad fué cercada desde aquel mismo dia, y al siguiente se puso el sitio en toda forma.

Estendióse al mismo tiempo la noticia, de que el Duque para atraer mas gente bajo sus banderas, habia resuelto conceder la libertad de conciencia en todo el Con-

dado del Ginebres, cuya capital es Annecy, y en todo el pais que pudiese conquistar al Duque de Saboya. Al oír esta nueva, no pudo el santo Prelado contener sus lágrimas; y despues de haber gemido largo rato delante de Dios, se dejó ver con un semblante tranquilo; y dirigiéndose á los que estaban presentes, les dijo: *puesto que el Duque de Nemours abandona la causa de Dios, y la sacrifica á su ambicion, Dios le abandonará á él, y no saldrá con sus intentos.* Estas palabras se miraron como una prediccion de que no seria tomada la ciudad.

En efecto, algun tiempo despues se supo que Victor Amadeo, Príncipe del Piamonte, marchaba á grandes jornadas en socorro de Annecy, con tropas superiores á las del Duque de Nemours. Este Príncipe no creyó que debiese esperarle: levantó el sitio; y algunos dias despues entró el Príncipe en Annecy. Fué á alojarse á casa del santo Obispo, le abrazó muchas veces delante de todos, y dió muestras públicas de que estaba persuadido de que su celo y firmeza habian impedido la toma de la ciudad. Francisco, que no pensaba sino en los intereses de Dios, se valió de esta ocasion para empeñar á aquel Príncipe en que pusiese la paz en varios monasterios de su Diócesis, cuyos religiosos no podian convenirse con los Abades sobre la particion de los bienes. Suplicóle tambien que le apoyase con su autoridad, para introducir la reforma en algunos monasterios de religiosas, cuya conducta no era tan arreglada como hubiera deseado. El Príncipe, que nada podia rehusarle, le concedió uno y otro, y apoyó con su autoridad, y aun con su presencia todos sus buenos deseos. La paz y el buen orden se restablecieron en todas aquellas casas religiosas.

Entretanto el Duque de Nemours, despues de haberse visto precisado á levantar el sitio de Annecy, huía delante de las tropas del Príncipe del Piamonte: rea-

nimadas todas las plazas con aquel suceso, le cerraban sus puertas; empezó la desercion en sus tropas, y la prediccion del santo Prelado, *de que no saldria bien en sus intentos*, no fué sino demasiado cierta. Estos contratiempos obligaron al Duque de Nemours á tratar de composicion. Por otra parte, los negocios del Piamonte no podian pasar adelante sin las tropas que el Príncipe habia sacado de alli. Asi es, que aquellos dos Principes estando igualmente interesados en la paz, la ajustaron bien pronto. El Príncipe del Piamonte volvió á pasar los montes, y Francisco se halló en estado de continuar la visita de su Diócesis.

Salió de Annecy con este objeto el diez y ocho de Julio del año mil seiscientos y seis, y no llevó consigo mas equipaje que la vez primera, á pesar de que tenia que visitar los sitios mas ásperos y mas pobres de la Diócesis de Ginebra. No fué entonces solamente, cuando se vió obligado á ir á pie por mortificacion y por modestia. Las montañas por donde le era preciso pasar, eran tan escarpadas, y las peñas tan puntiagudas, que era imposible ir de otro modo, y aun á menudo era preciso valerse igualmente de los pies que de las manos, para trepar por ellas; y despues de haber sufrido un calor excesivo al pie de aquellas montañas, se encontraba en lo alto de ellas un aire tan frio, que traspasaba aun á los mas robustos.

Un dia, que habia llegado medio muerto de debilidad y de frio, á lo alto de una de aquellas horrorosas montañas, y desollados los pies y las manos, para visitar una sola parroquia que alli estaba situada; como mirase con sorpresa las prodigiosas grietas de yelo, que tienen á veces diez ó doce picas de profundidad, los habitantes del pais que habian ido á presentársele, le contaban, que algunos dias antes, corriendo un pastor detras de una baca, que se le habia descarriado, habia caido en una de aquellas grietas. Añadieron, que no se hu-

hiera sabido jamas semejante cosa, si un compañero suyo que le buscaba, no hubiese visto su sombrero, que habia quedado al borde de la grieta, cuando se cayó por ella. Creyó con esto, que aquel pobre pastor estaria aun en estado de poder ser socorrido, ó que á lo menos si habia muerto, podria lograr el darle sepultura eclesiástica. En esta inteligencia, hizo que le bajasen con cuerdas á aquella horrible grieta, de la que le sacaron medio muerto de frio, teniendo entre sus brazos á su camarada muerto, y casi convertido en yelo.

Habiendo oido aquello Francisco, se volvió á los que le acompañaban que estaban enteramente desanimados á causa de las grandes fatigas que tenían que sufrir todos los dias; y valiéndose de aquella ocasion para animarlos, les dijo: *algunos piensan, que nosotros hacemos demasiado; y hacemos mucho menos que estas pobres gentes. Vosotros habeis oido, como el uno perdió la vida por recobrar una bestia descarriada; y como se ha espuesto el otro al peligro de perderla, para procurarle una sepultura, sin la que en todo caso hubiera podido pasar muy bien. Estos ejemplos nos hablan, esta caridad nos confunde á nosotros, que hacemos mucho menos por la salvacion de las almas que nos estan confiadas, de lo que hacen estas pobres gentes por salvar las bestias confiadas á sus cuidados.*

Salió tan fatigado de aquella penosa visita y con los pies, manos y piernas tan estropeadas, que no pudiendo tenerse en pie, se vió obligado á tomar algun descanso. Hallábase entonces en la villa de Annecy, en donde hacia poco que habia muerto en opinion de santa, una labradora llamada Petronila Botey. No se hablaba entonces de otra cosa, que de su preciosa muerte delante de Dios, y de los grandes ejemplos que habia dado durante su vida: Francisco nunca la habia visto; pero ella le habia escrito, y él le habia contestado muchas veces á sus cartas; y tambien escribió él mismo á ma-

dama de Chantal que le hiciese el favor de recibirla en el número de sus amigas. Estando pues hablando en un rato desocupado con el Primiciero de la Roche, que la habia conocido mucho, le suplicó, que le contase la vida de aquella santa muger. El lo hizo en los términos que va á referirse con corta diferencia.

El nacimiento ilustre, de que tanto aprecio hacen los hombres, nada es delante de Dios. A la verdad, no escluye de la Gracia; pero tampoco es un motivo para concederla. Parece por el contrario, que se complace en comunicar con los que nada tienen, que les distinga á los ojos de los hombres. Esto es lo que va á verse en la vida de aquella santa muger, á quien yo he admirado muy á menudo, y á la que desearia poder imitar. Era hija de dos pobres vecinos del pueblo de la Roche, pero que eran muy honrados, á pesar de su pobreza, y que nada omitieron para darle una santa educacion. Ella correspondió á sus cuidados; y desde sus mas tiernos años apareció ya llena de piedad. Era de hermosa presencia, y no saltaron gentes que tuvieron buen cuidado de decirselo. Pero habiendo ella oido decir, que la hermosura no es un bien tan grande como se figuran la mayor parte de las mugeres, se resolvió á conservar su inocencia y hacerse religiosa. Sus padres, á quienes no disgustaba el verla colocada, se opusieron á ello fuertemente. Ella creyó, que estando estos en lugar de Dios, debia obedecerlos: miró su voluntad como una señal visible de la divina, y no abrazó el estado del matrimonio, sino porque creyó, que Dios lo queria así. El que se casó con ella era hombre muy rico; pero era al mismo tiempo muy arrebatado. Dios, que queria ejercitar su paciencia, permitió que tambien se volviese celoso; la hermosura de su muger le ocasionaba continuas alarmas; y toda su virtud, que al mismo tiempo no dejaba de admirar, no era suficiente para tranquilizarle, y hacerle que tuviese confianza en su esposa. Seria casi

imposible el creer todo lo que la hizo sufrir en el fuerte de aquella furiosa pasión. Quanto mas la amaba, mas la maltrataba, y el mas cruel de sus enemigos no la hubiera tratado peor, que la trataba el hombre que mas la queria en el mundo. Entonces fué, cuando le pesó el no haber entrado religiosa; pensaba sin cesar en la tranquilidad de que se goza en aquel feliz estado. Pero, como ya la era imposible el tomar este partido, rogó á Dios, que la enviase una enfermedad que la privase de aquella hermosura tan fatal á su tranquilidad. Su súplica no fué atendida; sus ayunos y mortificaciones la hacian ser de cada día mas hermosa; no oponia á las persecuciones de su marido sino una estremada dulzura y una invencible paciencia; contenta con ser inocente, jamas se quejaba; huía hasta de las menores apariencias que pudieran hacerle sospechar que era culpada: jamas salia de su casa que no fuese acompañada, y esto solamente para ir á la Iglesia á hacer sus oraciones. El resto del día se la encontraba siempre ocupada en los quehaceres domésticos, en la lectura y oracion, y en el trabajo, sin tener otra voluntad que la de su esposo, y ocupada sin cesar de las precauciones, que podian acabar con sus sospechas. Lo que no podia menos de causar admiracion, es, que ella no le amaba menos á pesar de los muchos disgustos que la daba; se compadecia de él y dijo despues, que mas sentia lo que sus celos le hacian sufrir, que lo que ella sufría.

Tantas virtudes hicieron por fin impresion en el ánimo de aquel desgraciado esposo; condenóse á sí mismo por haber sospechado de ella, y desde entonces vivieron en la mayor paz y tranquilidad. No temiendo ya aquella santa muger el causar recelos á su marido, se dedicó enteramente á la práctica de las buenas obras; asistia continuamente á la Iglesia, visitaba los enfermos, tenia cuidado de los pobres, y como poseia bastantes bienes, hacia grandes limosnas, pero siempre con con-

sentimiento de su marido. Su principal cuidado era el educar bien á sus hijos, y velar sobre sus criados; rezaba con ellos, les enseñaba ella misma la doctrina, ó les leia algun libro devoto; pero sobre todo pensaba siempre en edificarlos con sus ejemplos. Ayunaba ademas todos los viernes del año.

Las vigalias, las cuatro tómporas y la cuaresma, no comia sino pan y unas pocas legumbres mal sazoadas, y no bebia sino agua. Se levantaba todas las noches y permanecia una hora en oracion, tanto en medio de los frios mas crueles, como en medio de los mas escesivos calores. Parecia que siempre estaba contenta, hablaba poco, y nunca de los favores que Dios la hacia, aunque fuesen estos muy singulares; esta es la causa de que se tenga tan poco conocimiento de ellos. Jamas se la oyó murmurar. Siempre paciente, y siempre humilde, ocultaba las faltas del prójimo, y sobre todo las de su marido, que no eran pequeñas, con mas cuidado que las suyas.

Por lo que toca al honor y recato, jamas hubo muger mas exacta, pues llegaba en esto hasta el escrúpulo; y no puede darse mejor prueba de que los celos son la pasión mas vergonzosa y fuera de razón, que el decir que su marido fué bastante ciego para sospechar de ella por largo espacio de tiempo.

Despues de haber vivido de esta suerte cuarenta y ocho años, llegó el tiempo en que quiso Dios recompensar tantas virtudes: se la vió asistir con mas frecuencia á la oracion y á las buenas obras; notóse tambien que hacia moler catorce cargas de trigo, que hizo apartar gran cantidad de legumbres, y que juntó todo el dinero que ella tenía. Preguntóla su marido que que era lo que queria hacer de todo aquello, y respondióle ella, que mientras se estaba á tiempo, era menester hacer buenas obras; que su muerte se acercaba, y que trataba de hacer provisiones para la eternidad. Quiso ir en seguida